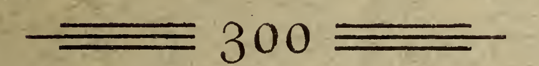
ANTONIO PASO y FRANCISCO GARCÍA PACHECO

Guitarras y bandurrias

SAINETE LÍRICO EN DOS ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL.

MÚSICA DE LOS MAESTROS

REVERIANO SOUTULLO y JUAN VERT



300

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1920

GUITARRAS Y BANDURRIAS

GUITARRAS Y BANDURRIAS

SAINETE LÍRICO

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO PASO y FRANCISCO GARCÍA PACHECO

música de los maestros

REVERIANO SOUTULLO y JUAN VERT

Estrenado en el TEATRO DEL CENTRO de Madrid el día 20 mayo de 1920



MADRID
R. Velasco Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.
TELÉFONO, M 551
1920

A Ramón Peña

Sus amigos y admiradores,

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PALOMA	Srta. Puchol (L.)
BALDOMERA	Sra. Eximeno.
MAGDALENA	Srta. Velasco.
CARLOTA	Calcinari.
ANGUSTIAS	García (P.)
JULIA	Vera.
UNA CRIADA	Adaliz.
FILIBERTO BELLO	Sr. Peña.
ANICETO TEJADILLO	Ozores.
ANGEL	Pereda.
CEJUELA	León.
GORDALES	Valbuena.
MANZANEQUE	Couto.
EL CANTADOR	Montichelvo.
UN HOMBRE	Corao.
OTRO	Oltra.
UN POBRE	Gandía.
COBRADOR DEL TRANVÍA	Gandía.
CONDUCTOR DE IDEM	Sena.

Invitados, invitadas, rondalla de guitarras y bandurrias y murga

---

La acción en Madrid.—Época actual.

ACTO PRIMERO

La escena representa un establecimiento, en planta baja, de una guitarrería, mostrador y vitrinas con guitarras, bandurrias, ocarinas, etc., etc. Hay distribuídos en la escena dos veladores con tintero, plumas, papel y censos electorales. Sobre el mostrador una botella de vino y una bandeja con rajas de embuchado y pedazos de pan. Colgados en sitios visibles dos carteles que en letras grandes digan:

CANDIDATURA PARA CONCEJALES

DIONISIO CABELLO y LATORRE

CONFITERO

ANICETO TEJADILLO y BORDON

GUITARRERO

Puerta al foro y otra en la primera izquierda del público.

(Al levantarse el telón MANZANEQUE, tipo de unos cuarenta y cinco años, mal vestido, con gafas, suma y escribe en uno de los veladores. CEJUELA, de unos veinte años, es cojo y lleva una bota de corcho, es el dependiente de la guitarrería, examina unos censos y escribe. PALOMA (tiple), sobre el mostrador hace igual faena. BALDOMERA (característica), va de un lado a otro, enterándose de la marcha de la votación.)

MANZ. (Sumando.) Siete, once, diez y nueve... ¡Demonio!... ¿Sabe usted que la sección de la calle del Oso, se ha portao, pero que de primera? No se podrá quejar su marido. ¡Treinta y dos votos sobre la candidatura ministerial y catorce sobre el señor Latorre!

BALD. Por tó ese lao tié muchos amigos mi Aniceto.

PAL. Lo que tiene mi tío es que no está gastao en política.

CEJ. Y toa la vía establecío en el distrito, que desde la Plaza del Porgreso al Barranco de Embajadores, no hay guitarra, bandurria ni ocarina, que no haya salío de aquí, y eso paese que no, pero suena.

MANZ. A mí lo que más me gusta es lo conciso del programa; nada de fárrago, cuatro líneas y se acabó.

CEJ. Y que lo diga usted. (Figurando que lee uno.) «Electores: votad a Dionisio Latorre; dad vuestra confianza a Aniceto Tejadillo. Con Latorre estaréis muy por encima de todas las injusticias; con Tejadillo estaréis a cubiero de todas las inmoralidades. Fijarse bien que son dos candidatos de altura. ¡Latorre! ¡Tejadillo!

MANZ Así deben ser los programas, concisos.

(Entra un hombre del pueblo, agitado, corriendo con un papel en la mano.)

UNO (Entrando.) ¡Sección de la Encomienda!

BALD. Encomienda, ¿quién tiene Encomienda?

PAL. Yo, tía.

CEJ. / MANZ. (Con interés,) ¿Qué?

UNO (Entregando el papel.) Don Aniceto, una mayoría brutal.

CEJ. Si no pué ser por menos.

BALD. Anda, tómate una copa y saborea una raja. Verás qué cosa más rica.

UNO (Comiendo.) ¿Qué es?

CEJ. Lo más apropósito pa un día de elecciones; embuchao.

(Entra OTRO en igual forma.)

OTRO ¡Cabeza, sección de la Cabeza!

BALD. Cabeza, ¿quién tiene Cabeza?

CEJ. ¿Cabeza? me parece que la tengo yo.

(Un POBRE desde la puerta.)

POBRE ¡Ave María!

BALD. Ave María, ¿quién tiene Ave María?

POBRE ¿Hay algo para este pobre impedido?

CEJ. Pero si no es el escrutinio, si es una dádiva.

BALD. ¡Es que estoy loca ya con tanta calle! Manzaneque, dele una peseta a ese pobre; un día, es un día.

MANZ. (Dándole la peseta.) Ahí va.

POBRE ¡Una peseta! ¡Que el Señor haga que nunca pase por esta tienda la desgracia!

BALD. Bueno, váyase.

POBRE ¡Que nunca pase una enfermedad! ¡Que nunca pase un concejal!...

BALD. ¡Que se vaya usted le digo!

(El Pobre se va.)

PAL. La verdad es que tienen mala fama los concejales.

BALD. En eso pasa como en tó; los hay malos y buenos.

CEJ. Lo terrible es que le tomen inquinia a uno, como le está pasando al señor Pedro, el tahonero, que tós los días se le presenta el teniente alcalde y le pesa hasta el pan rayao.

BALD. Peor es lo que ha hecho con el boticario, que le ha cortao el agua.

(Se oyen fuera y lejanas voces de «¡Viva don Aniceto! ¡Viva el concejal!»)

(Entra en escena GORDALES. Tipo del pueblo.)

GOR. (Desde el foro.) ¡Comadre! ¡Comadre de mi alma! Vengan esos brazos.

BALD. (Abrazándolo.) ¡Gordales de mi vida!

GOR. ¡Qué triunfo!

PAL. ¿Concejal, verdad?

MANZ. ¿Tiene un sillón en el Ayutamiento?

GOR. ¿Un sillón? Por los votos que ha sacao, lo que debía tener es un sofá. Es que en la sección que menos, le ha doblao al ministerial y si el señor Cabello, el confitero, no va unido a él, a estas horas se está tirando de su apellido. ¡Es mucho hombre mi compadre!

(Más cerca se perciben las voces de «¡Viva don Aniceto! ¡Viva el concejal!» En este momento se oye una murga que toca «el ladrón».)

BALD. (Desde la puerta del foro.) ¡Ahí llega!

GOR. Fijarse cómo viene.

(Todos se asoman.)

PAL. ¡Qué barbaridad! ¡Si no se le ve!

GOR. Es la multitud que lo apisona materialmente.

PAL. ¡Como que nos íbamos a escapar sin murga! (Cesa la murga y)

Música

(Se inician los compases de una jota, y fuera se oye una voz que canta la siguiente jota.)

La cabeza, el guitarrero,
ya ha metido en el Cabildo;
la cabeza, el guitarrero
y además de la cabeza,
seguro que mete el remo.
A la jota, jota
de los concejales
de la Villa y Corte;
a la jota, jota
que al Teniente Alcalde
no hay quien lo soporte.
A la jota, jota,
jota electoral
que si mal estamos
seguiremos mal.

(Recitado dentro de la orquesta.)

BAID. Oye tú, Cejuela; dile a esos que se han equivocao de establecimiento; que la hojalatería está tres puertas más abajo. Aquí latas, no.

CEJ. Ya, ya. Yo creí que nos iba a cantar la jota de la Lola.

PAL. ¿De qué Lola?

CEJ. De la Dolores, es lo mismo; ¡pero mire usted que empezar con alusiones!

(Ya se oye el griterío mas cerca y entra en escena ANICETO seguido de todas la SEGUNDAS TIPLES y CORO.)

(Cesa el recitado y sigue el número musical en forma de sainete, que termina con los couplets-programa.)

ANIC.
¡Qué triunfo, Paloma,
qué triunfo, costilla,
qué triunfo, dependientes,
qué triunfo, mis amigos.
Ahora verán si valgo
o no mis enemigos!

CEJ.
Mi querido principal,
le doy de corazón
mi más completa y cordial
felicitación.

ANIC. Que bajen las patatas
y los garbanzos, y hasta el jamón,
y cueste cuatro gordas
el medio kilo de salchichón.

PAL. ¡Ay, si fuera verdad!

CEJ. ¡Ay, qué felicidad!

ANIC. Que cuesten los tomates
los cinco kilos a medio real,
que den por dos pesetas
una merluza fenomenal.

TODOS Olé los concejales
que al municipio
van a transformar.
Eso es tener pupila,
tener vergüenza y moralidad.

ANIC. Yo prometo que
mientras siga allí,
va a andar todo el mundo
siempre así.
Ya es hora que acaben
de chupar los vividores,
o que trabajen
si *quien* chupar,
y de que supriman
a los acaparadores
y otras muchas cosas
que ahora hay que callar.

TODOS (Repiten el estribillo..)

ANIC. Que den los panaderos
en las libretas peso cabal,
y no le echen cebada
porque es que vamos a rebuznar.
El precio de la carne
a un tipo fijo se ha de ajustar,
porque subir la falda
es una cosa que es inmoral.

(Repiten el estribillo.)

Hablado

TODOS ¡Muy bien, muy bien!

CEJ. Se va usted a captar las simpatías de las clases menesterosas.

ANIC. Pues eso no es más que un palillo; hay que ver cuando la tome con el ornato; lo primero que voy a hacer, es cambiar de sitio a casi toas las estatuas; porque, ¿me queréis

decir qué es lo que hacen Daoiz y Velarde en la Moncloa?

CEJ. Tomar oxígeno.

ANIC. A esos los llevo yo a su plaza; frente al arco, que es donde deben estar.

BALD. Y que lo digas.

ANIC. Y a Colón lo voy a llevar al Rastro.

GOR. ¡Cómo al Rastro?

ANIC. A las Américas, señor; ¿no es lógico que esté allí?

CEJ. De una lógica que tumba.

ANIC. Y en cuanto a abrir nuevas vías... esa calle del Pez y esa Corredera Baja y esa Corredera Alta... Vamos, que no las puedo tragar. Eso debe convertirse en una pequeña avenida.

PAL. Hágalo usted.

ANIC ¿Que si lo hago? Poco puedo o te juro que el verano que viene dejo a Madrid sin Correderas.

GOR. ¡Olé por los insecticidas!

ANIC. Pues como me meta con el alumbrao, vais a ver.

TODOS ¿Qué, qué?

ANIC. Digo que vais a ver mejor que ahora; porque yo mejoro el servicio.

MANZ. A ver si el año que viene lo llevamos a usted a las Cortes.

ANIC. Que yo salgo del Ayuntamiento pa un sitio sonao, eso no os quepa duda. Y ahora, señores, me vais a hacer el favor de dejarme, porque tengo la mar de cosas que hacer; no sin que antes quedeis invitaos para un pequeño guateque que voy a dar luego. ¡Ahí es nada!, la ráfaga de alegría que ha entrao en este modesto establecimiento: mi triunfo en las elecciones y la llegada de mi hijo, porque hijo mío puedo llamar al marido de Paloma, y eso, eso lo tengo yo que festejar, echando la casa por el antepecho, porque aunque se casaron hace quince días, como se casaron por poderes, él en Las Palmas y esta aquí, a mí me paece que no se han casao. Tengo que verlos juntos, que se abracen, que se besen, que se...

BALD. (Sujetándole.) ¿Dónde vas?

ANIC. Que se... ¡qué sé yo! Con las emociones, tengo el cerebro que no discierne. Con que

hasta luego. Usted, Manzaneque, váyase por ahí dentro a acabar de hacerme los recuentos; y tú, compadre, no dejes de volver luego.

TODOS. Hasta después. (Haciendo mutis.)

BALD. Anda con Dios. (Hacen mutis todos.)

ANIC. (Sacando el reloj.) ¡Mi madre! Las seis y cuarenta, y a las siete creo que entra el mixto. Tú, Paloma, déjate de censos y entra a arreglarte un poco *pá* recibir al que ha de darte el cacho de felicidad que por derecho te corresponde.

PAL. ¿Está usted seguro, tío, que me hará feliz?

ANIC. ¡Un éxtasis! Filiberto Bello, es hijo de un antiguo amigo mío, corredor de alhajas, que en una mala hora se fugó... En fin, para qué remover lo pasao. La policía quiso cogerlo, pero como era corredor... En resumen, que se fué a Canarias y allí está ganando, con los plátanos, lo que quiere.

PAL. Ya tengo ganas de conocer a mi marido, porque por el retrato que envió, no se pue una hacer cuenta. Apenas si se le ve la cara.

ANIC. Ya te he dicho que eso debió ser la brisa del mar. (Aparte.) Lo estropeé yo a cosa hecha.

BALD. La humedad es mu mala pa los retratos.

ANIC. Por eso toas las fotografías están en alto.

BALD. Ahora que no te vayas a creer que es un Adonis.

PAL. Con que sea aceptable, me conformo.

ANIC. Créeme a mí que vas bien. ¡Cuando yo te lo digo!

PAL. Pues voy a emperejilarme un poquillo, porque si a mi retrato le ha pasao lo que al suyo..,

ANIC. Para allá, no es corriente.

PAL. ¿Ustedes creen que le gustaré?

ANIC. ¡Hasta lo inconcebible!

PAL. ¿Están ustés contentos de mí?

BALD. ¡Hasta lo inconmensurable!

PAL. Pues hasta luego. (Mutis primera izquierda.)

BALD. ¡Qué buena es la pobre!

ANIC. Esa es una santa con medias transparentes.

ANIC. Tú, Cejuela.

CEJ. ¿Qué manda usted?

ANIC. Llégate a la estación del Mediodía, y del

mixto de Andalucía se apeará el marido de Paloma, Filiberto Bello; te lo traes aquí.

CEJ. Pero si yo no lo conozco.

ANIC. No tiene pérdida. Tú te fijas, y cuando veas que desciende una cosa muy parecida a un orangután, con cabás y un racimo de plátanos, es él.

CEJ. ¿Pero es tan feo?

ANIC. Un cámbaro, es la Totó a su lao. No te digo más.

CEJ. (Aparte.) Ahora comprendo... ¡Qué infamia quieren hacer con la chica!

ANIC. ¿Con que estás enterao?

CEJ. Descuide usted, que no se me despinta.

ANIC. Pues alza, que tengo citado a Angel Rubiales y no tardará en llegar.

CEJ. ¿A ese sinvergüenza?

ANIC. Si ya sé que le tienes rabia porque te quita toas las novias, pero pa eso es quien es...

CEJ. Sí, pero el día que pueda...

ANIC. No divagues y largo, que el tiempo apremia.

CEJ. Hasta luego. (Hace mutis por el foro.)

ANIC. ¡Baldomera! (Abrazándola.)

BALD. ¡Aniceto!

ANIC. ¿Tú ves? ¿Tú ves qué manantial de felicidades nos ha brotao casi de improviso?

BALD. Lo que veo es lo bien que nos está saliendo tó... ¡Ay, si llegásemos al final con éxito!

ANIC. Baldomera, no lo dudes: esos cuatro millones de pesetas legados por mi hermano Indalecio a su sobrina Paloma estarán antes de dos meses en la modesta cuenta corriente de Aniceto Tejadillo.

BALD. ¡El Señor te oiga!

ANIC. El Señor puede oirme; pero nadie más. Lo cual quiere decirte que en este asunto una cripta tié que resultar un charlatán a tu lao.

BALD. Por mí... lo que temo es que el plan que tejes..

ANIC. ¿Cómo que tejo? ¡Pues no hace mucho tiempo que está la pieza fuera del telar! (Mirando a todos lados y con misterio.) Escucha, Baldomera: tú sabes que mi hermano legaba toda su fortuna a Paloma con las siguientes condiciones: Primera. Que la chica tenía que ir al himeneo en el término de un año, a partir

de su fallecimiento, y que el cónyuje había de ser de mi elección y agrado. Y segunda. Que si la chica, durante el primer año de su matrimonio, le fuese infiel a su esposo, la herencia pasaría íntegra a un servidor. Esto que parece una extravagancia, no lo es tratándose de mi hermano, porque el pobre, yo no sé cómo le irá en el otro mundo, pero en éste no pudo ser más desgraciao con las mujeres. Su primer esposa, a los dos meses de casada, se le escapó con un capitán del cuarto montao.

BALD. Y, según tengo entendío, la segunda, días más, días menos, se le escapó también con otro del cuarto.

ANIC. Del cuarto de al lao de donde vivían. Figúrate si le habrá sobrao razón para exigir un año siquiera de felicidad conyugal.

BALD. ¿Y tú crees que Paloma..,? La chica es buena...

ANIC. Sí; pero hay que ver el marido que la he buscao: pa estar a su lao hay que tomar la *antipasmódica* en cortadillos.

BALD. Se sacrificará; se hará una mártir.

ANIC. Si ella conociera la cláusula del testamento, puede; pero, de todos modos, yo me he preocupao de poner la leña junto al fuego, para lo cual he mandao venir a Angel Rubiales, que desde hoy se va a convertir en mi secretario particular y en amigo íntimo y consejero de los esposos. De Angel, qué te voy a decir yo que no conozcas tú, como conoce todo el barrio. Ya sabes que le llaman el Angel exterminador, porque mujer que mira, mujer que recurre a un especialista del corazón. ¡Hay que ver el tamaño de los ojos! El día que necesite gafas se las tié que hacer Pereantón.

BALD. Como guapo, es guapo.

ANIC. ¡Una ofuscación! Y, luego, ese pelo enroscao *ad nature;* esa nariz más griega que la i; ese *cachet* pa vestir y ese desenfado pa tratar a las mujeres... En fin, yo no sé lo que será; pero que se mueren por él, ya lo ves; sale a semana por suicidio.

BALD. (Fijándose en el foro.) Cállate, que me parece que... Sí, él es; hablando del ruin de Roma...

ANIC. Pues fíjate tú en el *pus parler.*

(Entra por el foro ANGEL. Lo que se ha hablado de él anteriormente evita hacer la descripción del tipo.)

ANGEL. (Desde la puerta.) ¿Puedo o no puedo?

ANIC. (Mirando el reloj.) Gachó, qué exactitud más cronométrica.

ANGEL. (Avanzando.) Yo no hago esperar más que a las mujeres.

BALD. ¿Y por qué?

ANGEL. Porque mientras esperan piensan en uno y mientras piensan en uno no piensan en otro.

ANIC. Eso es un calco del Evangelio.

ANGEL. Bueno, y ¿se puede saber para qué se me cita y emplaza en este ameno establecimiento?

ANIC. En el acto. Siéntate y echa un cigarro, si te place; yo no te lo ofrezco porque no fumo más que puro.

ANGEL. Eso no importa.

ANIC. Digo que no fumo más que puro los domingos. Me estoy alejando del vicio porque no me hace bien.

BALD. Le ataca a la pleura.

ANIC. Siéntate, repito, y oye.

ANGEL. Cuando usted quiera.

(Se sientan.)

ANIC. Angel, yo no sé si tú sabrás que hoy cuatro mil doscientos ciudadanos han proclamao que yo soy digno del Ayuntamiento.

ANGEL. Algo he oído en la barbería... ¿De modo que es un hecho?

ANIC. (En tono oratorio.) Un hecho que no me hace variar mi modo de vivir, y por eso te he llamao. Yo no puedo ir al Ayuntamiento a estarme cruzao de manos; yo tengo que hacer algo; de mí espera el distrito mucho, y después de estarles vendiendo treinta años instrumentos armónicos, yo no puedo desafinar.

BALD. ¡Olé! ¡Ni Villabrágima!

ANIC. Gracias, chacha. (Acariciándola.) Como te digo, necesito dedicar al cargo todo mi tiempo y todas mis energías.

ANGEL. ¡Ya se cansará!

ANIC. No me cansaré, porque dejo mi negocio en manos de mi sobrina y de su marido.

ANGEL. (Sorprendido.) ¡Ah! Pero... ¿ha casao usted a Paloma?

ANIC. La he casao.

ANGEL Lo siento, porque me gustaba una aberración.

BALD. (*Aparte y con alegría a Aniceto.*) ¿Has oído?

ANIC. (*Idem.*) Cállate. (*Alto.*) La he casao por motivos testamentarios... Una boda de conveniencia...

BALD. Casi sin cariño.

ANIC. Como sea; el hecho es que el marido está al llegar y, figúrate... viene del interior de Canarias, de andar entre plátanos y tomates, sin trato de gentes, sin experiencia...

BALD. ¡Un panoli!

ANIC. Y eso es lo que quiero de ti; que siendo, como desde hoy eres, mi secretario, te encargues de estar constantemente al lado de ellos y que, poco a poco, les vayas infiltrando esa mundología tuya, ese don de gentes; que les inicies en la vida; que de él, que casi no debe tener sentido común, hagas lo que se llama un hombre con sentido, y de ella... ¿pa qué te voy a decir na?

ANGEL Basta. Ese canario, dentro de dos meses, se puede reir del canario más sonoro, y en cuanto a Paloma... ¡Maldita sea! ¡Si ustés vieran lo que siento que la hayan casao!

ANIC. No pienses más en eso y espabílamelos, ¿eh? Desde hoy tienes cuarenta machacantes mensuales y la comida.

BALD. Por supuesto que comes con ellos.

ANIC. Y nada de trapicheos. Te has de consagrar a mi sobrina y a su marido.

ANGEL Eso va a ser un poco difícil, y cuidao que yo no las busco; pero es mi sino. Yo paso por una tienda de confecciones de señora y me siguen las faldas del escaparate.

ANIC. Pues echas por la acera de enfrente. Y, ahora, vamos dentro, que quiero convidarte y hacer la presentación en regla. ¿Tú no tendrás ná que hacer?

ANGEL Soy todo de ustedes.

BALD. Pues vamos allá. (*Entran primera izquierda. Aparte a Aniceto.*) ¡Esto marcha!

ANIC. (*Idem.*) Lo que te dije: la leña junto al fuego. (*Mutis.*)

(*Por el foro entra CEJUELA con un racimo de plátanos, le sigue FILIBERTO con un cabás y una jaula con un loro. Lo mismo que se ha dicho de Angel se dice de Filiberto, respecto al tipo.*)

CEJ. Pase usted, pase usted.

FIL. Gracias, pollo.

CEJ. Ya está usted en su casa.

FIL. Gracias, pollo ¿De modo que dices que esta es mi casa?

CEJ. ¡A ver! Esta es la casa de los tíos de Paloma; Paloma es más que si fuese una hija de ellos; usted es su marido, saque usted la consecuencia

FIL. Sí, es verdad, pollo.

CEJ. Pero deje usted eso aquí sobre el mostrador.

FIL. Gracias, pollo. (Dándole la jaula del loro.)

CEJ. Oiga usted: ¿Se pué saber por qué abusa usted del pollo?

FIL. Porque me gusta.

CEJ. ¿Cómo?

FIL. Porque me gusta tratar a las personas con cariño, y como no sé cómo te llamas, me he dicho: siempre que le hable, le pondré como final un pollo, que creo que no le disgustará. (En este momento siente Cejuela un picotazo en la pierna, que se supone le ha dado el loro, y suelta precipitadamente la jaula, que coge Filiberto para dejarla sobre el mostrador.)

CEJ. ¡Demonio con el lorito, qué picotazo!

FIL. Si es picajosillo. ¿Y tú, cómo te llamas?

CEJ. Pues me llamo Exuperancio Cejuela, para servirle.

FIL. El servidor lo soy yo, Filiberto Bello.

CEJ. Agradecido y con su permiso voy a anunciar...

FIL. Un momento, amigo Cejuela.

CEJ. ¿Qué quiere usted?

FIL. Yo no he tenío más que dos emociones en mi vida: en la primera me salió este sarpullido, que habrás notao, y que ni frotándome con papel de lija me lo he podío quitar; en la segunda, caí de cara al suelo, y cómo sería el porrazo, que me tuvieron que sacar las narices con unas pinzas. Fíjate que se me notan los tirones.

CEJ. ¡Qué atrocidad!

FIL. Como lo oyes. Soy más impresionable que un disco.

CEJ. En esta ocasión no veo motivo...

FIL. ¡Pues es una piña! Me casan casi de improviso con una mujer que tiene no sé cuánto dinero, y por si fuera poco, me envían un

retrato, que si el original corresponde a la cartulina, me temo otro zarpullido u otra operación del apéndice nasal.

CEJ. (Entusiasmado.) Por muy guapa que esté en el retrato no llega ni con mucho a lo que es la chica.

FIL. (Balanceándose.) Ves, ves lo que te digo; déjame que me apuntale en tu hombro, porque me entra un derrumbamiento. (Se apoya en él.) ¿Dices que es más guapa?

CEJ. ¡Un asombro! ¡Un cutis de seda!

FIL. ¡De seda!

CEJ. ¡El pelo en madejas!

FIL. ¡Madejas de seda!

CEJ. Con unos labios como cerezas y unos dientes como piñones.

FIL. ¡Todo eso se come!

CEJ. ¡Y de cuerpo, una tontería!

FIL. Espérate; espérate que refuerze el apuntalen, porque estoy viendo que no voy a resistir la descripción. (Se apoya más.) ¿Con que de cuerpo?...

CEJ. Redondito; fino de cabos, con un saliente así. (Dibuja en el aire el pecho.)

FIL. (Cogiéndole la mano.) Que eso no es un saliente; eso es un sobresaliente, y si me apuras mucho, una matrícula de honor.

CEJ. En fin, a torno no la hacen mejor, y luego diez y ocho años.

FIL. ¡Retorno, que edad más juvenil y comprometedora!

CEJ. Y si le añado a usted...

FIL. No, nada de añadiduras; con lo que has dicho, me conformo, aunque no haga peso.

CEJ. Pues entonces, voy a avisarles, porque ya estarán con cuidao.

FIL. Haz lo que quieras.

CEJ. Ya verá usted qué andares, ya. (Hace mutis, primera izquierda.)

FIL. ¡Dios mío, aclárame esta duda! Esto que me pasa, ¿es una leyenda mulsumana o una realidad? ¡Una mujer que acaba de cumplir diez y ocho años, y un día me la conceden como esposa! ¡Una mujer que, si monetariamente es riquísima, como guapa, es millonaria! ¿Y todo esto me lo ha dado a mí, a un pobre frutero, el Sr. Tejadillo? ¡Tejadillo, que debía haber picado más alto! ¿Ten-

tré yo tantos merecimientos? ¿Qué habrá visto en mí?... ¿Acaso los ojos?... ¿Tal vez las narices? ¿Será que?... (Corre al mostrador, y del cabás, saca un espejo de mano y le dice.) Tú, que dicen que no mientes, dime la verdad, ¿qué tengo, espejo, qué tengo?

Música

¿Dime, cristalito,
dime la verdad?
¿Es que yo soy bello
de apellido nada más?
Como no conozco a mi cara mitad,
¿dí si mi cara la gustará
o, si indignada, me engañará?
Si me engañara, que toro,
toro, toro, toro, torozón.
(Mirándose al espejo.)
Las cejas, las pestañas,
los ojillos y la boca,
la barbilla y la nariz,
¡Ay! ¡Sí!
No digo yo que sean
dignas de la Argentinita, la Puchol o la [Leonís.
¡Ay! ¡Sí!
¿Será mi talle palmérico?
¿Será mi acento melódico?
Será mi rostro curtido
que, a pesar del zarpullido,
tiene un tinte virginal.
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!
¿Son tantos mis encantos
y no me enterao de ná?
¡Ay!
Que venga pronto ya
pa morirme de placer
esa gran mujer.
Venga mi mujer al fin,
Venga mi mujer al fin,
y que diga mi costilla
si mi cara es tan feílla
como la de Bergamín...
(Al acabar el número, salen primera izquierda BALDOMERA y ANICETO.)

Hablado

ANIC. Fili de mi vida, ven a mis brazos.
FIL. (Guardando el espejo.) ¡Señor Aniceto!
ANIC. ¿Qué es eso de señor y de Aniceto? Desde hoy me llamas padre.
FIL. ¿Padre?
ANIC. Así, como suena, porque desde que monopolizas maritalmente a Paloma, puedes considerarte como hijo mío político... ¡Ah!, mi mujer, Baldomera Recajo, tu madre.
FIL. ¡Mi madre!
ANIC. (A Baldomera.) Abrázalo.
BALD. ¡Con alma y vida! (Le abraza.) ¿Sabes que estás hecho un mocetón?
FIL. Regular.
BALD. Y es muy bien parecido.
FIL. Muy bien parecido a un mono.
ANIC. No exageres, hombre.
BALD. ¿Pero de qué se te pué tachar a ti? Los ojos, no digo yo que sean dos carbones, pero tienen un color pardo que te sienta muy bien.
FIL. Es que el pardo le sienta bien a tó el mundo; pero fíjense ustés en las niñas, qué poco expresivas. ¡Claro, que hay que tener en cuenta que son dos niñas, pero ya podían ser más afectuosas!
BALD. No digas tonterías.
FIL. Y si son las narices...
ANIC. ¿Tampoco te gustan las narices?
FIL. A mí, sí; pero a la gente les hace el mismo efecto que un chascarrillo; se ríen la mar con ellas.
BALD. Bueno; ¿sabes lo que te digo? Que Adonis con ser Adonis, tenía sus defectos, y que el hombre y el oso...
FIL. Mientras más feo, más repugnante.
ANIC. No es ese el refrán.
FIL. Pero es la verdad, señor Aniceto, créame a mí. ¿Usted habrá notao que no hay manera de encender las cerillas que nos dan ahora?
ANIC. Sí cuestan trabajo, sí.
FIL. En el raspador, pero me pasa usted la peor por el cutis y no se resiste.
BALD. Estás obcecao.
FIL. Estoy en lo justo.
ANIC. Bueno, pero tó eso, ¿a qué viene?

FIL. Viene a que me paece mentira que la chica me haya aceptao. ¿Ustés le dieron mi retrato?

ANIC. En cuanto se recibió.

FIL. ¿Y no perdió el sentido al verlo?

BALD. ¡Qué iba a perder!

FIL. Pues ya la pueden ustés llevar al espectáculo más desagradable... una operación quirúrgica... una sesión del Ayuntamiento, que las resiste, ya lo creo.

ANIC. Es que todo no se reduce a las cualidades físicas. ¿Y el ser un hombre honrao?

BALD. ¡Y trabajador!

ANIC. ¡Y bueno!

FIL. Eso sí; honrao, trabajador y de lo más bueno del mundo; pueden decirlo muy alto. Ahora que, como eso no sale en el retrato....

ANIC. Pero, ¿pa qué estaba yo aquí?...

FIL. ¡Ah! ¿Pero ella sabe?...

ANIC. Todo, y créeme a mí que en este momento no es Aniceto Tejadillo el que te habla, sino doña Experiencia, con americana cuadrá y bisoñé; eso de los guapos ha pasao ya de moda; ahora, las mujeres quieren hombres trabajadores y honraos, que en vez de gastarles los cuatro cuartos que tengan, se los ahorren, y si es posible se los aumenten. Y basta de alegatos, que la chica se habrá concluido de arreglar y estará nerviosa por conocer a su marido. Tú espera aquí, que nosotros vamos a echártela; me parece lo más lógico que os veáis sin testigos, pa que os digáis lo que os dé la gana.

BALD. ¡Verás qué encanto!

ANIC. Una cromo-lito-grafía.

BALD. ¡Una monada!

ANIC. ¡Una ofuscación! (A Baldomera.) Tú, arrea; en seguida sale. (Mutis los dos por la primera izquierda.)

(Queda solo Filiberto, pero después, por la izquierda, sale PALOMA, muy peinada, muy arreglada y muy guapa.)

FIL. Ná, que desde hoy voy a jugar siempre a la lotería, porque a mí me cae el gordo; está visto que tengo estrella, pero una estrella de ocho puntas. ¡Algo había de tener!

PAL. (Saliendo.) Buenos dí... (Al ver a Filiberto no puede acabar la palabra y se le escapa un grito.) ¡Ah!

FIL. ¡Recanarias! ¡qué pedazo de sexo débil!

PAL. (Mirando a todos lados.) ¿No había aquí un hombre esperándome?

FIL. ¿Un hombre? (Aparte.) Por lo visto, yo no se lo parezco. (Alto.) Sí, aquí había un hombre.

PAL. ¿Y se ha ido?

FIL. No, porque el hombre que había y que la esperaba a usted... soy yo.

PAL. (Aterrada.) ¡Usted!... ¿Pero usted es?...

FIL. Filiberto Bello, mixto de canario y madrileño.

PAL. (Con desaliento y cayendo sentada en una silla.) ¡Mi marido!

FIL. (Aparte.) Ya sabía yo que en el retrato me habían hecho favor. (Hay un momento de pausa; ninguno de los dos se atreven a hablar. Por fin, Filiberto se acerca con timidez y le dice:) Paloma... (Va a volverse ella.) No, no vuelva usted la cara; oígame sin mirarme; la voz no la tengo desagradable del todo... Paloma: desde que el señor Aniceto convino con mi padre nuestra boda, hasta hace un momento, yo no he dejao de hacerme cruces; ahora, al verla, no son cruces, es un calvario.

PAL. (Con desaliento.) Muchas gracias.

FIL. Ahora que ya le he dicho a usted que soy mixto de canario, pero no tengo de pardillo ni tanto así, y no me lo explico, ¡ea! ¿Qué méritos tengo yo para que de golpe y porrazo me den para mi solaz un pedazo de la gloria, con esos ojos, que marean más que una travesía por el Estrecho, y esa cara que parece una rosa que se acaba de abrir, y ese cuello, y ese cuerpo, y ese... Sí, Paloma: ¿qué he hecho yo para merecer que me encierren en la cárcel de esos brazos, que si es verdad que me han de aprisionar permita Dios que me hayan echao cadena perpetua. Pero, no, no; esto no es verdad, esto es un sueño; esto es que tengo la encefalitis letárgica.

PAL. (Sin volverse.) No, no es un sueño: es la verdad. Soy su mujer.

FIL. (Con alegría.) ¿Mi mujer? ¿De modo que yo puedo disponer de ti, digo, de usted; digo, de... digo?... ¡Ay, que no sé lo que me digo.

PAL. No se canse más; puede llamarme como

quiera. Estamos casados, irremisiblemente casados... (Con pena.) Le pertenezco.

FIL. ¿Que me perteneces?... Mírame... digo, no, no me mires... y si no, ¿qué importa? mírame, sí. Soy muy feo, pero ya sabes que el sol hermosea todo lo que alumbra; échame el sol de tus ojos a ver si te parezco más simpático... (Se fija en Paloma.) ¿Pero qué es eso?... ¿Eso es una lágrima?

PAL. (Con pena.) No, no es nada.

FIL. Sí, eso es una lágrima; una lágrima, que no me la bebo por temor a morder le taza; pero que la voy a recoger ahora mismo en mi pañuelo, y éste no vuelve a ver más el jabón ni el agua por los siglos de los siglos. (Va a limpiarle la lágrima y Paloma lo aparta con dulzura.)

PAL. (Sujetándole la mano.) No, déjeme... si no es nada.

FIL. (Guardándose el pañuelo.) No te libras de la lavandera. (Por el pañuelo. Pausa. La situación entre los dos es difícil.) ¿Soy muy feo, verdad?

PAL. (Con voz entrecortada.) ¿Vamos adentro?

FIL. Cá, no. Usted podrá ir donde quiera; yo voy a coger mi cabás y mi loro, y a Canarias.

PAL. ¿Cómo?

FIL. Lo que usted oye, Paloma: a Canarias.

PAL. Pero si yo...

FIL. No se canse. Usted cree que yo soy tonto o bruto, y no tengo nada de eso. Desde que salió, y, al verme, preguntó por un hombre, me hice cargo de todo, de todo, Paloma. Yo ya sabía que a mí me tendría que costar mucho trabajo encontrar mi media naranja, porque para que una mujer sea feliz conmigo tie que ser corta de vista, muy corta, lo que se dice miopa.

PAL. Pero si estamos casados.

FIL. El que nos ha casao, que nos descase; ni usted tiene la culpa ni yo.

PAL. ¡Eso es imposible, hay que resignarse!

FIL. ¿Resignarme? ¿A qué? A estar a su lado toda la vida sabiendo que le hago el mismo efecto que un galápago? ¿A verla sufrir y no poder consolarla? ¿A verla llorar y no poder enjugar sus lágrimas? ¿A verla tan guapa y no poder?... ¡Ea, que no! Que yo me vuelvo a Canarias, porque yo habré nacido feíllo,

pero tengo un corazón que me coge todo entero; en cualquier sitio de mi cuerpo que me ponga usted la mano siente el tris-tras.

PAL. ¿Y qué dirá mi tío?

FIL. Allá él.

PAL. ¿Y la gente?

FIL. Allá ella; pero usted no se apure, que ya sé lo que voy a decir.

PAL. ¿Qué?

FIL. Que no me ha gustao usted ni chispa. Sé que se van a reir, pero una vez más ¡qué me importa! Conque voy adentro a que Cejuela me acompañe y a despedirme de mi padre... y de mi madre... (Se dirige a la lateral izquierda.)

PAL. (Queriéndolo contener). ¡Filiberto!...

FIL. No se canse. Si quiere usted ocultar la alegría que le causa mi determinación y no puede; la venden los ojos. Si lo comprendo, Paloma, pero no se preocupe; mañana no quedará aquí de su marido más que algún plátano de ese racimo que dejo. El loro no se lo dejo porque es el único sér que me quiere, el único a quien no le parezco feo. Tal vez sea porque hace *pandan* conmigo. Adiós, Paloma. (Mutis primero izquierda.)

PAL. (Sola con desaliento, con amargura, dice): ¡Ay, Virgen de la Paloma!

Música

¿Qué es esto que me ocurre?
¿Qué es esto que me pasa?
Que quiero llorar y no puedo
y la pena me ahoga y me mata.
Malhaya sea la hora
que ví la luz del día;
qué sino más grande me cubre;
qué desgracia más grande es la mía.
Nunca pensé que fuese
tan grande mi amargura,
por eso mi cuerpo se quema
en el fuego de la calentura.
¡Ay, Virgen de la Paloma!
¡Ay, Virgen mía!
Pa siempre se acabaron
mis alegrías.

No es el que yo esperaba
ni el que en sueños anhelaba.
Madrileña que jamás tuviste
ni un pesar,
en tus labios de amapola
siempre hubo un cantar
y alegre y feliz
nunca conociste el dolor,
y alegre y feliz
nunca conociste el dolor,
y en busca de tí caminaba
errante el amor.
Por eso al soñar
con tu amor soñabas
y entre sueños
murmurabas:
¡Cuánto tarda en llegar!

—

Pero ya para siempre acabó mi sentir
y mi sueño de amores ya no puede ser,
que el hombre que tengo que halagar
y querer
no es el que yo soñaba
ni el que anhelaba.

—

Yo no puedo con él ser dichosa y feliz.
Yo no puedo a su amor darle en pago mi amor
y sufro, y rabio de pena y dolor
y lucho y desespero
y lloro y peno y muero.
Malhaya la hora en que vino aquí!
¡Ya no seré feliz!

—

Madrileña
que jamás tuviste ni una pena,
y en tus labios
de amapola siempre hubo una flor.
Por eso al soñar
con tu amor soñabas
y entre sueños
murmurabas:
¡Cuánto tarda en llegar!

—

Madrileña,
madrileña.

(Al acabar el número se oye dentro a ANGEL que ríe estrepitosamente, el cual sale a escena riendo.)

Hablado

ANGEL (Riendo.) ¡Ja, ja, ja! ¡Mi señora madre, qué cosa más graciosa!

PAL. ¿De qué te ríes?

ANGEL Calla, mujer; que me he tropezao ahí, en el pasillo, con tu marido, ¡y pa qué te voy a decir! (Ríe.) Como lo lleves a una verbena no hay necesidad de entrar en el tubo de la risa. Supongo que no saldrás con él, porque os siguen los chiquillos.

PAL Es lo que me faltaba, tu burla.

ANGEL Te juro que no es burla; pero es que te han dao un marido, que va en el acompañamiento de un entierro y se ríe hasta el muerto.

PAL. Es mi sino; nací desgraciada y seré desgraciada toda mi vida.

ANGEL Porque quieres. Yo en tu lugar, ni preocuparme.

PAL No te entiendo.

ANGEL Porque no quieres entenderme; pero no te preocupes, estoy encargado por tus tíos de enseñarle a tu esposo a que sepa alternar, a que tenga eso que llamamos mundología, y te lo voy a dejar que va a ser un encanto.

PAL. Mira, Angel; si me aprecias en algo, no sigas por ese camino; no estoy para burlas, Angel.

ANGEL Lo que te digo es el Evangelio. Ahora, que bien sabe Dios que no lo hago por tus tíos; lo hago por tí.

PAL. ¿Por mí?

ANGEL Por tí, Paloma; que me da pena que ese cuerpo y esa cara hayan caído donde han caido.

PAL. Ya te he dicho que es mi sino.

ANGEL (Insinuándose.) ¡Ay, Paloma! Cuando hace poco aquí mismo, me dijo tu tío que te habías casao por poderes, me entró una cosa... Mira que a mí las señoras nunca me han dao ni frío ni calor. Bueno, pues acaba tu tío de decírmelo y romper a sudar, *tó* fué uno... Porque yo te tenía ley, Paloma; siempre me has gustao, ¿por qué lo voy a negar? A mí ninguna hembra me ha quitao el sueño, y tú, tú me has tenío muchas noches

con la luz encendía Hubo un mes que pagué de luz eléctrica cuarenta pesetas.

PAL. ¡Angel, por Dios!

ANGEL ¿Pero tú no has notao ná en mí?

PAL. (Titubeando.) Yo... he notao... pero como tienes esa fama de conquistador... como te gustan todas...

ANGEL De boquilla, pero aquí (señalando el corazón), aquí no ha entrao todavía ninguna; a la única que yo hubiera dejao pasar es a tí.

(En este momento sale FILIBERTO, y al ver el coloquio de PALOMA y ANGEL, se queda quieto, los otros dos no lo ven.)

PAL. (Con voz melosa.) No, lo que es labia no te falta... Comprendo que las vuelvas locas.

ANGEL (Reconcentrado y con zalamería.) Y que no te has puesto bonita, ni ná, pa recibir a ese murciélago.

PAL (Riendo.) ¡Murciélago!

ANGEL Estás que das frío. Tiene tu cuerpo un aire de princesa, qué digo de princesa, un aire de reina, un aire...

FIL. (Estornuda.) ¡Atchís!

PAL.
ANGEL } (Sorprendidos.) ¿Eh?

FIL. Un aire... Un aire que viene de ese corredor.

ANGEL (Aparte.) ¡Me ha cogido!

FIL. Y... ¡atchís! (Estornuda.) Nada, que lo he cogido. También es desgracia, en vísperas de viaje.

PAL. ¿Se va, por fin?

FIL. No, me quedo. El viaje a que me refería, es el que vamos a hacer de recién casados.

PAL. ¿Le ha convencido mi tío?

FIL. Me ha convencido Cejuela. Al señor Aniceto no le he dicho ni una pa... (Medio mutis.) Con permiso.

PAL. ¿Dónde va?

FIL. Que estoy viendo ahí al pollo, que se está aguantando la risa, y me voy a ocultar un momento, para que se desahogue.

ANGEL No lo tome usted a mal, que es mi carácter. Yo siempre tengo la risa en los labios.

FIL. Igual que yo. (Muy serio.)

ANGEL (Extrañado.) ¿Usted?

FIL. Solamente que yo me río pa dentro.

(Salen por la izquierda ANICETO y BALDOMERA.)

ANIC. Bueno, el momento del guateque se aproxima y... (Viendo a Angel.) A propósito. No se si Paloma te habrá dicho... Aquí es Angel Rubiales, que lleva mi secretaría particular. Ahí, donde lo ves, tan joven, sabe más del mundo, que treinta viejas. Persona seria, de esas que no se ríen nunca... ¡Un hallazgo! (A Angel.) Aquí, es mi hijo político, Filiberto Bello, del que quiero que seas una especie de mentor.

ANGEL Con mucho gusto.

FIL. El gusto es mío.

ANIC. Sí, porque yo he pensao que en los ratos que le deja libre mi secretaría se puede dedicar a la tuya, ¿verdad?

ANGEL Lo del amigo Filiberto, es cosa fácil.

FIL. Que se cree usted eso. Usted no sabe cómo pienso yo montar el trabajo.

BALD. Bueno, ya tendreis tiempo de tratar esas cosas; ahora vamos a prepararlo to, mira que dentro de un segundo se te descuelga aquí todo el barrio.

ANIC. Que sí, que te sobra la razón. (Acercándose a la izquierda, llamando.) Cejuela, sácate, con Manzaneque y la criada, to lo que hay preparao. (Volviendo a escena.) Yo me he ido a lo práctico, na de pastas, ni de bombones, que tras de no nutrir, ensucian el estómago. En esto, como en todo, estoy por la solidez; una caja de botellas de manzanilla, un sin fin de alcachofas de Viena, ternera, cabeza de jabalí, jamón, embuchao y dos quesos de bola. ¡Figuraos los bocadillos que se pueden dar con esos elementos!

FIL. Con esos elementos, se pueden dar hasta dentelladas.

(Salen CEJUELA, MANZANEQUE y la CRIADA, con todo.)

CEJ. Aquí, todo esto.

BALD. (Viendo llegar a las segundas tiples y al coro.) Y aquí están ya los amigos.

(Entran por el foro segundas tiples y coro general.)

ANIC. Adelante la barriada más simpática de la Villa y Corte.., Pasad, pasad; pero antes de que empiece el jolgorio, voy a tener el gusto de presentaros al marido de Paloma.

FIL. Servidor.

TODOS Mucho gus... (Se vuelve para contener la risa.)

FIL. (Aparte.) Me voy a tener que ir para que se rían.

UNA (Con ironía.) Que sea enhorabuena, Paloma.

OTRA (Idem.) Que lo disfrutes muchos años.

PAL. (Aparte.) Esto es lo que más me duele, la mofa.

ANIC. Y ahora, mientras descorchan las botellas y se fabrican unos bocadillos, la que sepa tocar la guitarra, ahí las tiene, que suenan a gloria; el que prefiera la bandurria, también hay profusión. Con que a amenizar el momento y a bailar.

TODOS Sí, sí.

(Unos cogen guitarras, otros bandurrias.)

ANIC. ¿Estamos?

UNOS Estamos.

ANIC. Pues venga algo castizo, que me lo voy a marcar con mi señora.

BALD. (A Filiberto.) ¿Tú, bailarás con la tuya?

FIL. No, a mí me van ustedes a permitir que haga los honores, es mi deber, yo fabricaré los bocadillos con Cejuela. Paloma, puede bailar con el amigo Angel.

ANGEL Con alma y vida.

PAL. (Contrariada.) Yo no tengo ganas de bailar.

BALD. Tú bailas, porque te lo ruega tu marido.

FIL. Sí, Paloma, te lo pido.

ANIC. Pues, duro.

Música

(Mientras el baile, y cantan.)

ANIC.
ANGEL }
Ay qué castizo,
qué madrileño
resulta siempre
el clásico chotis.

PAL. Este es el ritmo
que al escucharlo
grita la gente,
¡olé por Madrid!

ANIC. La cabeza así y esta mano atrás,
hay parejas que van casi pegás.

ELLAS ¡Olé por Madrid!
Yo para bailar,
que me toquen chotis.

TODOS Ay qué castizo,
qué madrileño
resulta siempre

el clásico chotis;
este es el ritmo
que al escucharlo
grita la gente:
¡Olé por Madrid!
Ni los fostroses
ni los tuesteses,
ni el pas de catres
ni el cotillón,
tienen la gracia
que tiene el chotis,
que de los bailes
es el más chulón.

FIL. (A Cejuela.) Ves cortándome esas alcachofas.

CEJ. (Aparte a él) Se ha fijao usted en que...

FIL. (Sin dejarle acabar.) Calla y secciona.

(Sigue el baile y el cantable, en otro piano, dice ANICETO al pasar bailando.)

ANIC. Tú, a ver qué bocadillo me vas a dar.

FIL. ¿Que qué bocadillo? Un momento. (Para en seco la música.) A usted, mi querido padre, le voy a dar la alcachofa, con cabeza de jabalí.

ANIC. ¡Pero que has adivinao mi gusto!

FIL. (A Baldomera.) A usted se la voy a dar, con ternera.

BALD. Me hace.

FIL. A mi mujer, con jamón, y a éste (Señalando a Angel) A éste, se la voy a dar con queso. Puede el baile continuar.

(Vuelve a atacar la orquesta y sigue el baile, y va cayendo el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Modesto jardín de un hotelito en Canillejas, propiedad de don Aniceto. Al foro, verja, y en el ángulo que forma el lateral izquierda y el foro, puerta de entrada al jardín. A la derecha, fachada del hotel, con puerta practicable. Es verano y son las diez de la noche. El jardín está iluminado a la veneciana, pero algunos farolillos están apagados. Ocupando casi el centro de la escena, dos mesas empalmadas, con mantel, botellas de vino, platos, cubiertos, etc., etc.

—

(Al levantarse el telón, están sentados alrededor de la mesa: ANICETO, que tiene a su lado a BALDOMERA; PALOMA, que tiene al suyo a ANGEL; GORDALES, con uniforme de inspector municipal; MANZANEQUE, vestido de ordenanza del Ayuntamiento, y CEJUELA, vestido de paisano, pero más decentito que en el primer acto. Junto a éste está DOÑA CARLOTA, de unos cincuenta años, madre de JULIA y ANGUSTIAS, dos muchachitas «muy madrileñas». En el ángulo derecho de la escena, está FILIBERTO, solo; viste madrileño neto, y se peina, habla y acciona, como el más castizo de los barrios bajos. Se supone que hace un rato que han acabado de cenar y están de «juerga», por ser el santo de Paloma. Convenientemente distribuídos por la escena, Invitadas e Invitados del pueblo. Cejuela, toca la guitarra, y Julia y Angustias, bailan.)

Música

BALD. } Ahora tú, Filiberto,
ANIC. } también debes cantar.
FIL. Pues por complacerles
unas seguidillas
me voy a marcar.

Que te gusta la fruta
me están diciendo,
me están diciendo,
y en mi huerto los ojos
estás poniendo;
pero te advierto
que ay de ti si te cojo
dentro del huerto.

Hablado

TODOS (Aplaudiendo a Filiberto.) ¡Bien, bravo!

ANIC. Ná, que te has hecho más chispero que Don Ramón de la Cruz.

FIL. (Hablando siempre muy madrileño.) Pestaña que tié uno. (A Julia.) ¿Verdád, negra?

JULIA (A Paloma.) ¡Hay que ver, qué madrileño se ha vuelto tu marido!

ANIC. ¡Menudo catedrático tié a su lao!

BALD. ¡Una tontería!

FIL. Pues esto no es ná; si me vieran ustés en una churrería...

CARL. ¿En una churrería?

FIL. Sí, señora, en una churrería. Ahí es donde se ve si soy o no castizo; porque usté entra en una churrería y ¿cómo toma los churros?

CARL. Pues, hombre, los tomo con chocolate o los tomo con recuelo...

FIL. Pues yo los tomo con asco, pero los tomo. No me gustan y me sacrifico. ¡Me parece que son ganas de ser castizo!

ANIC. Con eso, lo que te estás buscando es que te hagan socio de mérito del Centro de Hijos de Madrid.

FIL. Lo que yo me estoy buscando con eso, es un padecimiento al estómago; pero sarna con gusto, no picotea. (A Angustias.) ¿Verdad, carne de mis carnes?

ANIC. Vamos... que usted se ha alegrao un poquito, ¿verdad? Ha bebido más de lo de costumbre y...

FIL. No lo jure usted, que se condene; yo en mi vida me he emborrachao. Me dan una copa y... ¡bueno! me dan la segunda y la tercera... y la cuarta y hasta la quinta; pero hasta ahí llego. No he pasao de la quinta más que cuando me sortearon, y aquel día me em-

borraché porque me pareció a mí que ya era un hombre; pero nunca más.

GOR. Bueno, compadre, yo, si no mandas otra cosa, me voy a retirar, porque el tranvía de aquí, de Canillejas a las Ventas, tarda lo suyo, y el último sale a las once.

ANIC. (Con autoridad.) Que se espere. ¡Pues no faltaba más, que siendo el santo de mi sobrina y siendo yo concejal, no pueda esperarse el tranvía!

BALD. ¡Pues estaría bonito!

GOR. Bueno, pero es que yo entro de servicio...

FIL. (Sin dejarle acabar la frase e imitando a Aniceto.) Usted entra de servicio a la hora que a mí me dé la gana. ¡No faltaba más, que siendo el santo de mi mujer y siendo su tío concejal, no pueda esperarse el servicio!

ANIC. (A Filiberto.) Me has quitao ese concepto, lo que se dice, de la extremidad de la lengua. Y de eso, querido Gordales, como usted también, amigo Manzaneque, tenemos que hablar un rato largo.

MANZ. ¿Pero tié usted queja de mí?

ANIC. La tengo.

MANZ. ¿No cumplo religiosamente con mi destino?

ANIC. Sí, señor.

MANZ. ¿He faltao algún día a mi obligación?

ANIC. Ninguno.

GOR. Y yo, ¿no vengo haciendo lo mismo?

ANIC. Lo mismo, y por eso estoy muy quejoso de vosotros. Eso es hacerme a mí de menos... ¡No faltar ni un solo día!... ¡Estar siempre a su hora!... ¿Pero qué dirá la gente que sabe que estáis colocaos por mí?... Pues dirá: «Ese concejal no tié importancia». Aprended de Cejuela, que lo coloqué en el cementerio del Este y no sube ni pa acompañar a un entierro.

CEJ. Es que está muy mal el camino.

ANIC. Así se habla.

PAL. Bueno, pero, tío, tenga usted en cuenta que la prensa está todos los días con indirectas de que si ha colocao usted o ha dejao de colocar...

ANIC. Total, ¿cuántos? No llegan a veintiuno. Más ha colocao el marido de Carlota, el confitero.

CEJ. No han sido muchos tampoco; cinco guar-

dias, siete temporeros, nueve barrenderos, doce listeros, cuatro en el arbolado y dos que tiene en su casa haciendo pasteles, y que cobran como si fueran del alcantarillao.

FIL. Eso es muy bajo. Bueno que los coloque; pero que se aproveche del trabajo manual...

CARL. ¡Ay, hijo!... Pues eso es lo que hacen tóos.

BALD. ¡Si se fuera a hacer caso de lo que dicen los periódicos!... Ahora se meten con éste, porque como lo han hecho delegao del Asilo de la Paloma y lo está dejando que no es conocío...

CEJ. Apropósito del Asilo, oigan ustés lo que dice este periódico: (*Saca un periódico del bolsillo y lee.*) «Desde que el Municipio tomó el desastroso acuerdo de nombrar su representante en el Asilo de la Paloma al filarmónico concejal señor Tejadillo, se ha hecho imposible el tránsito por la Dehesa de la Villa. Este afamado bandurrista y ya famoso político, a pretexto de que el saber no ocupa lugar, ha ordenado que todos los asilados aprendan a tocar, unos la guitarra y otros la bandurria, y con cargo a los fondos municipales, se han adquirido, en su misma casa, como es lógico, cien «sonantas» y cien bandurrias. Lo lamentamos, principalmente, porque como desde que nace el día hasta que muere el sol, están los pobrecitos muchachos toca que toca, van a secar de aburrimiento todos los pinos de la Dehesa, y es una lástima. A todo esto, el Ayuntamiento está constantemente pagando facturas de primas, segundas, etcétera, etcétera, pues por lo visto, los niños no hacen más que romper cuerdas. A nosotros nos parece bien que el Ayuntamiento compre cuerdas, pero que las compre gordas, que sirvan para atar a esos caballeros que entraron para barrer las inmoralidades, y, efectivamente, están barriendo, pero para adentro. Y no lo decimos por lo de las guitarras y bandurrias, es que hay cosas que concuerdan sin querer, y claro, en este caso se habla de una guitarra o de una bandurria y con... cuerda.»

ANIC. ¡Está visto! En cuanto se sale uno de la rutina... Pero, señor, ¿no ofrecí yo en mi programa hacer algo que sonara?

CEJ. Pues esto se oye desde las Cuatro Caminos.
BALD. ¡El tonto eres tú, que te preocupas!
ANGEL (Dándole la razón a Baldomera.) ¡Pues claro que sí!...
PAL. Y cambien ustés de disco, porque no hablan más que del Ayuntamiento o de la política, y... la verdad, por hoy ya está bien. ¡Vaya un santo que me están dando!
ANIC. Apropósito de santo. (A Angel.) ¿Le has dicho aquí, a Fili, lo que le tiés preparao a ésta? (Por Paloma.)
ANGEL No le he dicho ná.
ANIC. ¡Pues es menudo complemento!
FIL. ¡Ah!... ¿Pero ese le tiene preparao algo a mi mujer?
BALD. ¡Que si le tiene!... Díceselo, hombre.
ANGEL Si no es ná, señor; que a falta de un obsequio digno de ella, voy a venir con unos amigos a darle una serenata.
FIL. (Con cierta ironía.) ¡Precioso!
BALD. Muy delicao, ¿verdad?
FIL. Y eso, ¿cuándo va a ser?
ANGEL Dentro de un rato.
FIL. Lo pregunto pa no estar yo; así tendrá más encanto. Ella (Por Paloma.) sola, asomada al balcón; éste, (Por Angel.) con los mozos aquí abajo... la noche perfumada... el aire embalsamado... (Equivocadamente, a Carlota.) ¿Verdad, niña de mis ojos?
CARL. ¡Por Dios!
FIL. ¡Ay, perdone usted! La había confundido con Angustias.
ANIC. Bueno... pues si les paece a ustés, podemos dar un paseo por la carretera, pa ayudarle unas miajas al estómago, que tié que hacer lo suyo; porque nos hemos despachao de lo lindo.
TODOS Sí, sí, vamos.
CARL. Así nos acompañan ustés hasta el tranvía.
BALD. ¿Pero no se quedan a la serenata?
ANG. No podemos.
ANIC. Vamos, que el tiempo galopea.
PAL. (A Filiberto.) ¿No vienes?
FIL. Claro que sí. Cejuela, sácame mi «güito» y mi bastón.
CEJ. En seguida. (Hace mutis por la casa.)
FIL. Podéis ir andando, que os cojo.
CARL. Vamos.

JULIA — Sí, vamos.

(Por grupos, hacen todos mutis por la puerta del jardín; Angel, al lado de Paloma, Baldomera y Aniceto, quedan los últimos, y al ver a Paloma y a Angel juntos, cruzan una mirada de inteligencia.)

BALD. — (Iniciando el mutis y aparte a Aniceto, con alegría.) ¡Esto está al caer, Aniceto!

ANIC. — (Idem.) Sí, hija, sí. Se masca el porrazo; pero ya te lo dije: la leña junto al fuego. (Salen.)

(Queda solo Filiberto; por la casa aparece CEJUELA con el sombrero y el bastón.)

CEJ. — aquí tié usté esto. (Le alarga el sombrero y el bastón, que tendrá un puño con una cabeza de mono, perro u otro animal.) ¿Cómo lleva usté esto?

FIL. — (Cogiendo ambas cosas) Esto es un retrato que me hicieron.

CEJ. — Pues guárdeme usté una ampliación.

FIL. — Bueno, pero esto es lo que menos falta me hace. (Con misterio.) ¿Y mis encargos?

CEJ. — (Después de mirar a todos lados, para cerciorarse de que están solos.) Hechos.

FIL. — ¿Pudiste agenciarte la copia literal de las dos cláusulas?

CEJ. — Por vengarme de ese hombre, de Angel, no digo yo las dos cláusulas... el testamento de Isabel la Católica se lo traigo. (Alargándole un papel.) Ahí va.

FIL. — A ver, léemelas primero... Pero espérate, no sea que...

(Los dos miran hacia la puerta del jardín.)

CEJ. — No hay cuidao; van pa allá.

FIL. — Lee.

CEJ. — (Leyendo) «Instituyo por mi única y universal heredera de mis bienes, derechos y acciones, a mi sobrina Paloma Tejadillo y García, siempre que cumpla lo consignado en las dos cláusulas siguientes: Primera. Que ha de contraer matrimonio en el improrrogable término de un año, a contar desde la fecha de mi fallecimiento, y su marido será de la elección y agrado de mi hermano Aniceto. Segunda. Que durante el primer año de matrimonio ha de ser fiel a su esposo, pues en caso contrario la herencia íntegra pasará a disfrutarla mi susodicho hermano Aniceto.

FIL. — Basta; trae. (Coge el papel, lo dobla y se lo guarda) ¿Y lo otro?

CEJ. En su alcoba está. Aquí tié usté la llave. (Enseñándosela.) Nadie se ha dao cuenta, porque entró por la puerta del corral, precisamente, cuando empezaba la cena.

FIL. ¿No opuso obstáculo alguno?

CEJ. Al contrario... ¡Y hay que ver lo que se ha traído!

FIL. Bien, querido Cejuela: ¿tú te acuerdas que te dije que a este Tenorio de ojos desparramaos y pantalón de fuelles, se la daba con *fromage?*

CEJ. *Güi.*

FIL Pues el momento está a dedo y medio.

CEJ. ¡Ay, con qué gusto voy a saborear su ridículo!

FIL. ¿Le odias mucho?

CEJ. El odio es un afecto casi fraternal comparao con la rabia que le tengo... ¡Usted no sabe las novias que me ha quitao ese *bibelot* con trabilla!

FIL. La trabilla ajusta.

CEJ. A Justa, la sobrina del tendero; a Pepa, la del ropavejero; a Fermina, la del barbero; a Engracia, la del casquero... ¡Es que arrasaba con toas! Ultimamente me puse en relaciones con la chica del cerero de la esquina de nuestra calle, y nos queríamos... que los amantes turolenses eran dos disgustaos al lao nuestro. En fin, con decirle a usted que ella constantemente le tenía encendía a San Antonio una lamparilla pa que no la olvidase.

FIL. Eso de la lamparilla me gusta.

CEJ. Sí, señor, una lamparilla por mí. Bueno, pues se presentó el susodicho, la miró como él mira, la sopló no sé qué frases a la oreja, y... ¡pa qué le voy a decir a usted! Soplarla y quedarme sin lamparilla to fué uno... ¡Maldita sea! Y luego, ¿pa qué?... pa entretenerla, pa burlarse de ella como de todas las demás y pa dejarla... ¡Y menos mal que a esa no la dejó gravamen!

FIL. Hay ojos que son de más cuidao que la grippe.

CEJ. A mí lo que me extraña es la paciencia que tié usted. Por lo menos a Paloma ha debido usté decirle...

FIL. Mira, Cejuela, yo no sé si tú conoceras un

refrán que dice: «Cada cosa a su tiempo y las cometas cuando hay viento». No lo conocerás porque está refundido por mí, pero grábatelo en la memoria en unión de la siguiente copla:

«Nadie siegue en tierra ajena
porque a mí me sucedió
que estando en ella segando
vino el guarda y me cogió».

Y vamos, no nos vayan a echar de menos.

CEJ. Lleva usté razón. *(Se dirigen hacia la puerta del jardín.)* ¡Calle!

FIL. ¿Qué pasa?

CEJ. Ahí vienen los dos: mírelos usté... ¡El milano y la paloma!

FIL. Déjate de fábulas y achanta hacia ese lao. *(Indicando la derecha.)*

CEJ. Pero...

FIL. Que achantes, te digo... Desde ahí oiremos hasta lo que nos convenga, y cuando nos convenga también, nos saldremos por la puerta del corral. De modo que... a ahuecar.

CEJ. Lo que usted quiera. *(Hacen mutis por la casa.)*

(Por la puerta del jardín aparece PALOMA, seguida de ANGEL.)

ANGEL Pero, oye, nena: ¿es que vamos a estar así toda la vida?

PAL. Déjame, Angel, déjame.

ANGEL ¿Es que no me quieres?

PAL. Que me dejes te he dicho.

ANGEL ¿Es que lo quieres a él?

PAL. ¿Y qué si lo quisiera? No haría más que cumplir con mi obligacion... es mi marido.

ANGEL ¡Luego lo quieres!

PAL. Ya te he dicho una y mil veces que no lo sé. Cuando lo miro tan feo, lo odio; cuando lo veo tan bueno, no sé lo que me pasa... porque bueno no me negarás que es bueno.

ANGEL Demasiao... Eso no es un hombre, eso es un perro de aguas.

PAL. Lo que quieras; pero llevamos seis meses casaos, y por temor a molestarme, ni siquiera me ha cogido una mano. Siéndolo todo no es nada; él es el amo y a mi lao tiembla como si fuera un esclavo. Puede mandar y se contenta con obedecer. Es más: creo que hasta esa alegría que siempre tiene es una

alegría de comedia, una alegría que finge para no molestarme con su tristeza.

ANGEL ¡Por poco más lo canonizas!

PAL. Te digo lo que me parece... y na más.

ANGEL Entonces, ¿por qué alimentas este fuego que me consume, que me quema vivo? Paloma, tú lo sabes; cuando tus tíos me pusieron a tu lao me gustabas... ahora, me enloqueces. Y no es eso solo, no; yo sé que no te soy indiferente... que me miras con simpatía... (Bajando la voz y con cierta emoción.) con algo más que simpatía, ¿verdad, Paloma?

PAL. (Suplicante.) Angel, por lo que más quieras, déjame. Yo hubiese deseado que ese hombre hubiera querido hacer valer sus derechos de marido, que desde el primer día se hubiera mostrado el amo, el tirano; que hasta me hubiera maltratado, para... pero no pué ser; mis desvíos los recoge como caricias y cuando más me alejo de él cree que me tiene más cerca.

ANGEL (Con calor en sus palabras.) Pero tú no puedes vivir así; tú necesitas querer y que te quieran... y ese, créeme, ese no te quiere.

PAL. ¿Que no me quiere?

ANGEL Tú lo has dicho: llevais seis meses casados y ni siquiera una mano te ha cogido; lo es todo y no es nada; pues no te quiere, Paloma, no te quiere; porque el hombre que quiere a una mujer y es su dueño ante Dios y ante los hombres, si la quiere... ¡Pa qué te voy a decir!... mejor que yo te lo pudiera decir lo sabes tú adivinar.

PAL. No, no... si en algo tienes razón.

ANGEL En todo, Paloma. Lo que tú crees bondad es que no le has interesao; eso que tú llamas resignación puede ser indiferencia.

PAL. Quizá sí... pudiera yo estar equivocada.

ANGEL Y te vas a matar poco a poco y me vas a matar a mí. (Pausa. Mira a todos lados para convencerse de que están solos. Con cierto misterio y emoción.) Escucha, nena: ahora, dentro de un rato, vendré con los amigos a darte la serenata... después, ellos seguirán su ronda, a cantarles a sus novias, a sus cariños... Aquí se acostarán todos; yo me iré al cruce de la carretera, junto al puente... (Bajando más la voz.) y al dar las once tú sales... y los dos

juntos volaremos a la felicidad. Tus tíos te lo perdonarán, porque te quieren; a él no le importará gran cosa, y nosotros habremos acabao con este sufrimiento que nos come. (Con pasión.) Hazlo, Paloma, hazlo... mira que no son mis labios, que es mi corazón el que habla.

PAL. (Que sostiene una lucha interior, suplicante.) ¡Angel, por Dios!

ANGEL (Con más pasión.) Mira que ya no puedo sufrir más... (Rodeándole la cintura con un brazo.) Que tú tampoco debes sufrir más... que ese hombre no te quiere...

PAL. (Apartándose, suavemente, de él.) No sé, no sé...

ANGEL (Estrechándole una mano entre las suyas) ¿Te espero, verdad? (Pausa. Paloma no contesta. Con aire de triunfo.) Voy a unirme a los mozos. Hasta que nos veamos en la carretera... Qué digo en la carretera... ¡en la gloria! (Inicia el mutis hacia la puerta del jardín. Aparte y como el que ha vencido en toda la línea.) ¡Como que se me iba a resistir!.. Sería la primera. ¡Esto sí que me va a dar cartel! (Aparentando emoción.) ¡Adiós, Paloma! (Hace mutis. Paloma cae sobre una silla y se lleva el pañuelo a los ojos.)

(Por la puerta del jardín entran ANICETO y BALDOMERA. Un CONDUCTOR y un COBRADOR del tranvía.)

ANIC. (Aparte a Baldomera, por Paloma.) ¿No te lo dije? Mírala.

BAL. (A Paloma.) Pero, ¿dónde te metes, hija?

PAL. (Disimulando.) No me encontraba bien y me vine aquí.

ANIC. Pero te acompañaría Angel...

PAL. (Con indiferencia.) Sí.

ANIC. ¡Ah, ya!... Bueno... pues convida a aquí al conductor y al cobrador. Dales dos vasos de Manzanilla, que quiero yo que festejen también tu santo.

(Paloma echa dos vasos y se los ofrece a los citados.)

COND. Muchas gracias.

COB. Igualmente digo y perdonen ustedes que tengamos prisa, pero debimos salir a los treinta y son los cuarenta y cinco.

ANIC. ¿Y qué?... Si les dice algo el inspector me mandan una carta al Ayuntamiento. Hoy se me ha puesto a mí en la cabeza que el tranvía esté a mi disposición... ¡o soy o no soy!

BAL. ¡Ya lo creo que eres!

COND. (Después de beber.) ¡Buen vino!

COB. (Idem.) ¡Esto es gloria!

ANIC. (A Paloma.) Dales otro vaso.

COB. (Mirando el reloj.) No, no... que son los cuarenta y seis.

ANIC. ¡Como si fueran los cincuenta mil! Y ahí van esas dos teas, pa que chupen y aspiren. (Les da dos cigarros habanos.)

COND. ¡Buenas brevas!

ANIC. Esas no las fuma más que Allende y yo.

PAL. (Ofreciéndoles otras copas.) Tomen ustés.

COB. (Brindando.) Porque pase usted muchos santos, tan feliz como el de hoy.

COND. Y que no se le acabe esa alegría que le rebosa.

PAL. (Con ironía.) Se ve que son ustés hombres observadores.

(A lo lejos se oye la campana del tranvía, tocando con precipitación.)

ANIC. (Riendo y dirigiéndose a Paloma.) ¿Tú oyes esa campana?.. Pues la toca Filiberto.

PAL. ¿Mi marido?

BALD. Tu marido, que se ha quedado con Cejuela, al cuidado del tranvía, mientras estos, (Por el Cobrador y Conductor.) venían a que los obsequiáramos. (La campana sigue tocando.)

COB. (Al Conductor.) Tú... (Volviendo a mirar el reloj.) los cuarenta y ocho.

ANIC. ¿Y qué importa?

COB. Es que además de ser los cuarenta y ocho, ese va a cascar la campana.

(Se oyen voces lejanas de «Cobrador», «Conductor».)

COND. ¡Ya surge la protesta!

ANIC. (Herido en su amor propio de concejal.) ¡Que surja!... ¡No faltaba más!

(El ruido arrecia, oyéndose nuevamente la campana y los gritos de los viajeros.)

COND. (Al Cobrador.) Tú, que van a destrozar el coche.

BALD. Sí, váyanse, váyanse.

COB. Salud, y repito

ANIC. Sí, hombre, sí, repita. (A Paloma.) Tú, dales otra.

COB. No... si digo, que repito las gracias.

COND. Hasta más ver.

PAL. Vayan con Dios.

(El Cobrador y el Conductor, hacen mutis por la puerta del jardín.)

ANIC. (A Baldomera.) ¿Ves tú?... por mi gusto hubiera tenío ahí el tranvía hasta las once.

PAL. Eso no se puede hacer, tío... Es un servicio público.

BALD. (A Paloma.) Oye... y ahora que estamos solos, ¿nos quiés decir qué es lo que te pasa pa estar así.

PAL. (Aparentando una alegría que está muy lejos de sentir.) ¿Cómo estoy?

BALD. Pues estás con una cara que... ¡vamos!... ni que te hubiéamos llevao a ver un drama policíaco.

ANIC. Tu tía tié razón. Desde hace unos días, te noto un... claro oscuro... No tiés aquella alegría que llenaba toa la casa.

BALD. Y porque te falta algo no será... digo yo. Tiés a tus padres, porque nosotros pa ti, somos tus padres; tiés a tu marido; tiés a Angel...

ANIC. No sé que más pués pedir...

PAL. (Con fingida alegría.) ¿Y qué quién ustés que les diga? que soy muy feliz, y nada más.

BALD. ¿De veras?

PAL. De veras.

ANIC. (Bajo a Baldomera.) Ná que no sacamos ná en claro.

BALD. (Idem.) No te preocupes: esa murria que tié, es que está colá con Angel. Dentro de poco habremos vencío.

(Empieza a oirse lejano, el ruido de las guitarras y bandurrias.)

ANIC. (A Paloma.) Anda, ya está ahí ese a darte la serenata. ¿Qué.. nos subimos al balcón?

PAL. No..¿pa qué? Aquí mismo.

BALD. Lleva razón ésta.

Música

(Poco a poco, se va aproximando la rondalla, hasta que llega al centro del escenario, pero detrás de la verja y Paloma y sus tíos escuchan dentro.)

ANGEL
Como un trovador
que sueña con ser tu señor
a tu reja yo quiero llegar
y en tu reja yo quiero cantar.
Como un trovador
que espera lograr tu favor,
en tu reja yo quiero vivir

y en tu reja yo quiero morir
como un trovador.
Ay si lograse
que mi canción
rendir pudiera
tu corazón;
que a tu boca llegar
sólo mi sueño es
y poderte besar
y morirme después.
Tienen tus ojos
la misma luz
que tiene el claro
cielo andaluz,
y son tus labios
fresas en flor,
que están pidiendo
besos de amor.

(El Coro repite el estribillo.)

Hablado

ANIC. ¡Ha estao muy bien!

BALD. ¡Pero que muy retebién!

ANIC. (A Paloma.) T'ha gustao, ¿verdad?

PAL. (Aparentando indiferencia.) Mucho.

BALD. (Imitándola.) Mucho... ¡Hija, contestas que ni que estuvieras anémica perdía!

(Por la puerta del jardín, aparece FILIBERTO, seguido de CEJUELA. Los dos entran, marcando el paso y tarareando cómicamente, el motivo de la serenata; hacen una pequeña evolución, y quedan frente al público.)

FIL. (A Cejuela.) ¿Eh?... ¡para que luego digan que no tenemos oreja!

CEJ. Y eso que casi la hemos oído... porque como empezó aquel burro a rebuznar, el perro a ladrar; una motocicleta que sube, un automóvil que baja...

FIL. Y luego un tajá que se sentó en el puentecillo ese del cruce de la carretera, y nos habrá cantao como sus treinta veces:

«Mi padre murió en la cárcel,
mi madre en un hospital,
yo no sé dónde morirme
para no dejarlos mal.»

ANIC. Pues os habéis perdío una cosa de gusto.

BALD. Debisteis veniros en seguida.

FIL. ¿Pero ustés saben el conflicto que se armó, cuando vieron llegar al Conductor y al Cobrador?

CEJ. ¡Menuda batahola!

FIL. Si no es por nosotros, los linchan. Ya sabe usted que yo me quedé en la plataforma de delante, con Angustias y Julia, las chicas del confitero... Bueno, pues presentarse los susodichos, y empezar a gritar los viajeros: «canallas, bandidos, etc., etc.,» tó fué uno. Yo oía to esto, con temores y con Angustias...

ANIC. Es natural.

FIL. Y con su hermana. De pronto un cojo, que iba en la plataforma de atrás, enarbola la muleta; un teniente de la Remonta que iba dentro, desenvaina la espada, y... ¡pa qué les voy a decir! .. Si no han leído ustés, la batalla de los Castillejos, no se puén dar una idea. Medio yo, media éste, (Por Cejuela.) media la señá Carlota; le quito al cojo la muleta; le arrebato al teniente la espada, y con la espada y la muleta, me dirijo al Conductor y le digo: por usted... por usted podía haber aquí una noche de luto... Hala a su sitio. Le ordeno al Cobrador que vaya al suyo; la señá Carlota mete a sus hijas; yo meto a los viajeros a empujones; éste, (Por Cejuela.) mete el «trole», que se había salido, y a los cincuenta y cuatro y dos segundos, partió para las Ventas, el «502-R», que ha estado a dos dedos de convertirse en «502-R. I. P.»

PAL. ¡Qué atrocidad!

ANIC. ¡El público... que es muy exigente!

FIL. (Sacando del bolsillo ocho o diez cigarros puros y dándoselos a Aniceto.) ¡Ah!... Ahí tié usted el sobrante del paquete de brevas que me dió.

ANIC. (Cogiendo los cigarros, pero conservándolos en la mano.) ¿Has obsequiao a tós?

FIL. A tós: al señor Juan, el tendero, al de la tienda de vinos, al de la carpintería...

ANIC. (Ofreciéndoselos.) ¿Te quiés tú quedar con ellos?

FIL. No, gracias: a mí las brevas me dan ardor.

ANIC. Pues entonces, si os paece, vámonos a la la cama, porque mañana me espera un

diita... (Despacio se va guardando los puros en el bolsillo.) A las ocho, Junta de asociaos; a las nueve, Comisión de Hacienda; a las diez, sesión; a las cuatro, visita al Asilo... (Sin apercibirse, se le cae un cigarro puro al sueol.) ¡Dichoso cargo!

CEJ. ¡Le ha caído a usted una breva!

ANIC. Sí, hijo, sí.

CEJ. Digo. que le ha caído a usted una breva de las que le he devuelto.

ANIC. ¡Ah, perdona!... pero es que tengo tantas cosas en la cabeza... (Recoge el cigarro del suelo.)

BALD. Pues adentro.

FIL. Yo también estoy cansadillo.

ANIC. Tú, Cejuela: a ver si te duermes y no me llamas a las ocho.

CEJ. Descuide usted.

ANIC. Tenemos que coger el tranvía, que sale de aquí a las nueve y veinticinco, y que como se retrase, me van a oir.

BALD. Vamos.

(Baldomera, Aniceto y Cejucla, hacen mutis por la casa.)

FIL. (A Paloma, que no hace intención de entrar.) ¿Tú, no entras?

PAL. (Vacilante.) Sí... ahora... en seguida... Es que del trajín del día, tengo la cabeza un poco cargada, y el fresco de la noche... pero en seguida entro. No preocuparse por mí.

FIL. (No muy convencido, pero con mucha amabilidad.) Bueno... como quieras... Hasta mañana... Y cuidado con el fresco.

PAL. (Queriendo, con una sonrisa, ocultar su estado de animo, pero sin conseguirlo.) Que descanses.

(Filiberto hace mutis por la casa.)

(Paloma, queda sola en escena. Esta situación, será interpretada a juicio de la actriz. Luchan en su interior dos ideas opuestas: de un lado, la tentadora proposición de Angel; sus palabras de cariño, en el cual cree; su amor propio de mujer ofendida por el desvío que hacia ella demuestra su marido. De otro lado, su deber; la bondad de Filiberto.

La orquesta, recuerda muy piano su canción del primer acto. Allá lejos, en el reloj del pueblo, empiezan a oirse las once. Paloma entra en la casa y sale con un chal cuando ha dado la última campanada y llega al foro y vuelve. Luego, inquieta, nerviosa, se sienta, vuelve a levantarse, se dirige al foro, y antes de llegar, vacila y vuelve al centro de la escena.

La orqnesta, muy piano, recuerda el motivo del cantable de Filiberto, del primer acto. Nuevo momento de duda. Al fin, parece que se decide a entrar en la casa, pero se arrepiente. En este instante, la orquesta, recuerda la serenata, y lejos, se oye la voz de uno de los mozos de la rondalla, que canta:

Quiéreme como te quiero
y no te importe el que dirán,
que sin cariño es muy triste
el camino de la vida.

Al acabar la copla, Paloma hace un supremo esfuerzo, y se dirige hacia la puerta del jardín, para escaparse. En el momento de llegar Paloma a la puerta del jardín, por la puerta de la casa, aparece Filiberto, Trae en la mano, el pliego que le entregó Cejuela. Termina el número musical.)

FIL. ¡Paloma!

PAL. (Sorprendida, ahoga un pequeño grito.) ¡Ah!

FIL. No, no te sobresaltes, que no es nada. Se me había olvidado darte una cosa y...

PAL. (Reponiéndose.) ¿A mí?

FIL. Sí... pero no te preocupes, que no tiene importancia... Es decir, para mí, ninguna; para tí, mucha.

PAL. (Intranquila.) Acaba.

FIL. Perdona; se me había olvidao que tenías prisa. (Alargándole el papel.) Toma.

PAL. ¿Qué es esto?

FIL. Léelo y lo sabrás. Es muy corto... Fíjate bien en la cláusula segunda. (Paloma, desdobla el papel y lee.)

PAL. ¡Ah!... ¿De modo que?...

FIL. Si quiés tirar a la calle tu porvenir, tu fortuna, y con tu fortuna, tu honra, vete... Ya han dao las once... Ese, te estará esperando... Si él está impaciente, más lo estarán tus tíos... tus tios, que en esta ocasión no te ampararán; porque necesitan eso, tu escándalo, tu deshonra, para quedarse con la herencia.

PAL. Ahora me explico este casamiento... Ahora me doy cuenta de la insistencia de que Angel no se apartara de mi lao...

FIL. (Con amargura.) ¿Ahora, verdad?... Pues yo llegué, te ví y me escamé... Después, un alma dolorida, un corazón que ese Angel ha disecao, me lo contó todo.

PAL. ¿Cejuela?

FIL. Cejuela, que conocía el plan de tus tíos.

PAL. ¿Y cómo no me has dicho...

FIL. Porque yo pensaba, si no hay necesidad, ¿para qué voy a llevar esa nueva amargura a su alma? Que siga creyendo que sus tíos la adoran; que a su lao no hay egoísmos ni ambiciones; que sea feliz, ya que la pobre ha tenido la desgracia de cargar conmigo... Por eso, ese papel, no hubiera llegado a tus manos... Ahora que... tú me perdonarás; pero comprende que si no te doy esta noche ese papel... el papel mío, mañana...

PAL. (Con pena.) Filiberto...

FIL. No... no te recrimino; si me hago cargo de tu situación... Te pusieron en la corriente... y la corriente te arrastraba... Ahora, que no contaron conmigo, que aunque no sé nadar, de algo me habían de servir las calabazas que me has dao...

PAL. ¡Pero cómo me iba yo a suponer que mis tíos!... Y luego que Angel... No sé quien merece más mi desprecio; si ellos o él.

FIL. De él no te preocupes, que entre Cejuela y yo, le tenemos preparada una noche bastante agradable... Ahora, a preocuparte de tí. Conoces el peligro y puedes hacerle frente; ya no necesitas de nadie. A mí me hubiera gustao retardar este momento; porque ¡sentía una alegría tan honda velando por tí...! ¿Tú ves, todo lo feo que soy?... Pues de pensar que mientras yo estuviera a tu lao, no habías de caer en las maquinaciones de tu tío... ¿qué sé yo?... me parecía que el pelo se me ondulaba, que los ojos se me rasgaban, que la nariz se me agrietaba, que la boca se me apiñonaba, y me miraba al espejo y me decía: sí, éste eres tú, Filiberto, éste... y ¡olé los hombres guapos!, a los que no se les puede poner un pero... pero que ni un pero; pero...pero me fijaba bien, y... ¡maldita sea el que inventó el espejo!, ese que dice las verdades, que ya podía mentir alguna vez, que estoy seguro que nadie se lo criticaría.

PAL. No, Filiberto, no; tú no eres como te dice el espejo; eres como tú te figuras, como tú te sientes... todo corazón, todo alma. (Fijándose en la cara.) ¿Pero qué es eso?...

FIL. ¿El qué?

PAL. Eso es una lágrima.

FIL. No... agüilla; que me llora este ojo.

PAL. No... ¡Eso es una lágrima!.. Espera. (Saca el pañuelo, para limpiarle la lágrima a Filiberto; igual que la escena del primer acto; pero invertida. Filiberto, le aparta la mano con dulzura.)

FIL. Te he dicho que no es nada; es agüilla. (Paloma lo comprende todo; hay un momento de pausa.)

PAL. ¿Vamos adentro?

FIL. Tú, sí... yo me voy a Canarias.

PAL. ¿Que te vas?

FIL. Ya no te hago falta... Yo pensaba estar a tu lao el año justo; pero puesto que tó lo sabes... ¿para qué?...

PAL. Pero es que tú no puedes irte, porque eres mi marido.

FIL. ¡Bah!... Me buscaron como marido, lo mismo que se busca un precipicio; para que te estrellaras... No te canses... Ahora que lo sabes tó... cuando entres en posesión de la herencia, si en las leyes hay medio de deshacer nuestro matrimonio... cuenta conmigo. Yo estoy seguro que conque me vea el Juez, es lo bastante pa que te divorcies.

PAL. ¡Pero es que yo no quiero eso!

FIL. Entonces, me iré... y nada más.

PAL. Si es que no quiero que te vayas.

FIL. ¿Qué dices?... ¿que no quieres que me vaya?

PAL. No, no.

FIL. Pero, ¿por qué?

PAL. Porque te quiero.

FIL. ¡Ay, Paloma de mi vida!

PAL. ¿No te irás, verdad?

FIL. ¿Irme, después de lo que te he oído?... A mí no me llevan a Canarias ni en jaula.

CEJ. (Apareciendo por la puerta de la casa.) Que ese se estará desesperando.

FIL. ¡Es verdad!... no me había acordao de mi profesor. ¡Angel de mi alma!... Digo... y allí en el puente, con los borrachos que pasan por allí. Anda .. sal con el obsequio. (Cejuela entra en la casa.)

PAL. ¿Pero qué vas a hacer?

FIL. Nada... Mandarle algo para que se distraiga. No te preocupes; total, una pequeñez. (Vuelve a aparecer Cejuela, por la puerta de la casa, con

Magdalena, veinticinco años, con un niño de pecho en los brazos, y tres más, de la mano: uno de tres años y los otros dos, de cinco años, gemelos. Uno de estos, lleva un roto en el vestidito.)

CEJ. Aquí está esto.

PAL. ¡Virgen de la Paloma, cuánto chico!

FIL. Ya te he dicho que se trataba de una pequeñez.

CEJ. (Presentando a Magdalena.) La primera víctima de ese sinvergüenza.

PAL. (A Magdalena.) ¿De modo que usted?...

MAG. Sí señora, yo, que he vivido engañada por ese mal hombre; que me he fiao de sus promesas...

CEJ. ¡Y fíjate en las consecuencias del fiao; uno de pecho, otro de dos años, y estos dos, gemelos.

MAG. Y que los tié abandonaos.

PAL. ¡Qué infamia! Y son muy guapos los gemelos, ¿verdad?

FIL. ¡Preciosos! Si fueran míos estos gemelos, me quedaba sin camisa, por darles de comer.

MAG. Este mayorcito, se llama como él, Angel; este, Fernando; este, Julio, y esta, como yo, Magdalena.

PAL. Con la vida, no paga ese charrán... ¡Pobres criaturas!... qué abandonaos, qué mal vestíos, qué rotos...

CEJ. ¿Te has fijao en el siete de Julio?

PAL. ¿Pero hace tiempo que no lo ve usted?

CEJ. Mucho, si no lo tendría ya cosido.

MAG. Desde hace seis meses, no ha habío manera de echarle la vista encima.

CEJ. Pues venid conmigo, que os lo voy a presentar; pero tenéis que hacer lo que hemos convenido.

MAG. Descuida, que el escándalo se va a oir desde la Puerta del Sol.

PAL. ¡Qué lástima de criaturas!

CEJ. No te apures, a estos los mete tu tío en el Asilo y cuatro bandurrias más que vende. (Al mayorcito.) Y tú, cuando le tires la piedra, apúntale bien.

NIÑO Descuide usted.

CEJ. Pues en marcha. (Inician el mutis. Al salir, como una evocación. ¡Justa, Pepa, Fermina, Engracia, Casilda... ya estáis vengadas! (Hacen mutis Cejuela, Magdalena y los niños. ¡Está visto!

En este mundo, el que mal anda, mal acaba! (Mutis cojeando.)

(A lo lejos, se oyen nuevamente las guitarras y bandurrias de la rondalla y continúan oyéndose hasta el final.)

PAL. Y nosotros mañana, fuera de esta casa, a pasar lejos de Madrid nuestra luna de miel; porque esta noche, Filiberto, esta noche, es cuando nos hemos casado.

FIL. (Por la rondalla que se oye más cerca.)
¡Ay guitarras y bandurrias,
qué bien sonáis en mi alma!

PAL. (Al público.)
Y aquí dió fin el sainete,
perdón por sus muchas faltas.

(Música y telón.)

FIN DEL SAINETE

OBRAS DE ANTONIO PASO

La candelada, zarzuela en un acto.
El señor Pérez, ídem íd.
El niño de Jerez, ídem íd.
El gran Visir, ídem íd.
La casa de las comadres, ídem íd.
Los diablos rojos, ídem íd.
Todo está muy malo, diálogo.
Las escopetas, zarzuela en un acto.
La zíngara, ídem íd.
La marcha de Cádiz, ídem íd.
El padre Benito, ídem íd.
Sombras chinescas, revista lírica en un acto
Los cocineros, sainete lírico en un acto.
Los rancheros, zarzuela en un acto.
Historia natural, revista lírica en un acto.
El fin de Rocambole, zarzuela en un acto.
Las figuras de cera, ídem íd.
Alta mar, juguete cómico en un acto.
Churro Bragas, parodia de *Curro Vargas*.
Concurso universal, revista lírica en un acto.
Los presupuestos de Villapierde, revista política en un acto.
La alegría de la huerta, zarzuela en un acto.
El Missisipí, ídem íd.
La luna de miel, ídem íd.
Las venecianas, ídem íd.
Los niños llorones, sainete lírico en un acto.
El bateo, ídem íd
El respetable público, revista lírica en un acto.
La corría de toros, sainete lírico en un acto.
El solo de trompa, zarzuela en un acto.
El cabo López, ídem íd.
La virgen de la Luz, ídem íd.
El pelotón de los torpes, ídem íd.
El pícaro mundo, ídem íd.
El trébol, ídem íd.
El aire, juguete cómico en un acto.
La torería, zarzuela en un acto.
Gloria pura, ídem íd.
La misa de doce, entremés lírico.
¡Hule!, ídem íd.
Frou-Frou, humorada lírica en un acto

La mulata, zarzuela en tres actos.
La reina del couplet, idem en un acto
El ilustre Recóchez, idem id
El aire, idem, id.
El rey del valor, idem id.
El arte de ser bonita, humorada lírica en un acto
La taza de té, caricatura japonesa en un acto.
Los mosqueteros, zarzuela en un acto.
La loba, zarzuela en un acto.
La hostería del laurel, idem id.
La marcha real, zarzuela en tres actos.
La alegre trompetería, humorada en un acto.
Tenorio feminista, parodia lírico-mujeriega.
El quinto pelao, zarzuela en tres actos.
Los ojos negros, idem en un acto.
Mayo florido, sainete lírico en un acto.
La república del amor, humorada lírica en un acto.
La tribu gitana, zarzuela en un acto.
El gran tacaño, comedia en tres actos.
Los hombres alegres, sainete lírico en un acto.
Los perros de presa, viaje en cuatro actos.
El paraíso, comedia en dos actos.
¡Mea culpa!, disgusto lírico original y en prosa.
Genio y figura, comedia en tres actos.
La partida de la porra, sainete lírico en un acto.
La mar salada, comedia en dos actos.
La alegría de vivir, comedia en cuatro actos.
Los viajes de Gulliver, zarzuela cómica en tres actos.
La divina providencia, juguete cómico en tres actos.
La gallina de los huevos de oro, comedia de magia en dos actos.
El verbo amar, opereta en un acto, dividido en un prólogo y dos cuadros.
Baldomero Pachón, imitación cómico-lírico-satírica en dos actos.
Pasta flora, comedia en tres actos.
El debut de la chica, monólogo en prosa.
El orgullo de Albacete, juguete cómico en tres actos.
La pata de gallo, monólogo cómico en prosa.
El potro salvaje, zarzuela cómica en un acto.
La corte de Risalia, zarzuela en dos actos.
El dichoso verano, fantasía lírica en un acto.
España Nueva, profecía cómico-lírica en un acto.
El cabeza de familia, melodrama cómico en tres actos.
La Piqueta, juguete cómico en tres actos.
El tren rápido, juguete cómico en tres actos,
Los vecinos, entremés en prosa.
Mi querido Pepe, juguete cómico en dos actos.
Sierra Morena, boceto de sainete, original y en prosa.
Las alegres colegialas, zarzuela en un acto.
El velón de Lucena, magia en cuatro actos.
La bendición de Dios, sainete en dos actos.
El infierno, comedia en tres actos.
El asombro de Damasco, zarzuela en dos actos.
El río de oro, viaje cómico en dos actos.
El viaje del rey, juguete cómico en tres actos.
La gentil Mariana, juguete cómico en dos actos.

Nieves de la Sierra, comedia en tres actos.
El Rey del Tabaco, melodrama en tres actos y un prólogo.
El niño judío, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros.
Los cien mil hijos de San Luis, juguete cómico en tres actos.
Juanito y su novia, diablura cómico-lírica en dos actos, divididos en seis cuadros.
Muñecos de trapo, farsa cómico-lírica en dos actos.
Pancho Virondo, comedia en dos actos.
La Garduña, zarzuela en dos actos, el segundo dividido en tres cuadros.
Las aventuras de Colón, humorada lírica en dos actos, divididos en seis cuadros.
El padre de la patria, juguete cómico en tres actos.
El pobre Rico, juguete cómico cn dos actos.
Guitarras y bandurrias, sainete lírico en dos actos.

Obras de Francisco G.ª Pacheco

Huéspedes tranquilos, sainete lírico en un acto y en prosa.
El Tirano, zarzuela en un acto.
La poesía de la reja, apunte de sainete en un acto y en prosa.
Amores de aldea, comedia lírica en dos actos y cinco cuadros.
¡¡Abajo los solteros!! fantasía cómico-lírica-gubernamental, en prosa.
La Giraldina, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.
Matrícula de honor, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.
El coloso de Rodas, aventura cómico-lírica en un acto y en prosa.
La derrota de Aníbal, juguete cómico en un acto y en prosa.
El sitio de Gerona, juguete cómico en tres actos y en prosa.
El agua del Jordán, comedia en tres actos y en prosa.
Lo que dicen los otros, comedia en tres actos y en prosa.
Los mochuelos, juguete cómico en tres actos y en prosa.
El castillo de la vida, revista cómico-lírica en prosa y verso.
Guitarras y bandurrias, sainete lírico en dos actos y en prosa.

Precio: DOS pesetas.